

poner que la Francia dejase consumar en Suiza ó en Holanda, esto es, á sus mismas puertas, una contrarrevolución sin tomar parte en ella. Por lo que hace á las secularizaciones, eran un acto forzoso por razón de los tratados, acto lleno de justicia y de moderación, ejecutado á medias con la Rusia, consentido por todos los Estados de Alemania, comprendida el Austria, y corroborado por fin con la adhesión del mismo rey de Inglaterra, que, como rey de Hannover, se había conformado con la distribución de las indemnizaciones sumamente ventajosa para él. ¿De qué, pues, se podía censurar en el continente á la Francia? De su sola grandeza, grandeza sancionada por los tratados, admitida por la Inglaterra en el congreso de Amiéns, más notable en verdad durante la calma de la paz y en el curso de las negociaciones que su influjo y su destreza decidían de una manera irresistible.

La acusación de sus supuestas miras sobre el Egipto era un pretexto frívolo, porque el primer cónsul no tenía mira ninguna en aquella época, y el coronel Sebastiani sólo había sido enviado de observación con el único objeto de averiguar con certeza si los ingleses estaban dispuestos á evacuar á Alejandría. Ninguna duda deja sobre este punto el examen de los más secretos documentos.

¿En qué, pues, podía fundarse la extraña violación del tratado de Amiéns con respecto á Malta? Basta para explicarla traer á la memoria los acontecimientos ocurridos en los últimos quince meses.

Los ingleses, vehementes en sus pasiones como todo pueblo grande, deseaban en 1802, después de diez años de lucha, un momento de reposo, y anhelábanlo con ardor como se anhela todo cambio. Este sentimiento, avivado por la miseria de las clases trabajadoras en 1801, llegó á convertirse en uno de esos impulsos que en los gobiernos libres deciden de la elevación ó de la caída de los ministerios. Pitt se retiró; sucedióle el débil ministerio de Addington, y éste celebró la paz con condiciones explícitas perfectamente claras para su nación y para el mundo todo. Concedió los medros que la Francia había adquirido en los últimos diez años, porque con otras condiciones la paz era imposible. Pasados algunos meses se creyó que esta paz no correspondía de lleno á las esperanzas que había hecho concebir; pero ¿cuándo en la tierra pudo la realidad igualarse con la esperanza? Vieron los ingleses á la Francia, grande ya por la guerra, engrandecerse con las negociaciones y con los trabajos de la industria y del comercio; y la envidia se apoderó nuevamente de su corazón. Pidieron un tratado de comercio, al cual se negó el primer cónsul, convencido de que las manufacturas francesas recientemente creadas no podían prevalecer sin una protección energética. No obstante, los fabrican-

tes ingleses estaban satisfechos, porque el contrabando les proporcionaba todavía grandes salidas. Pero el alto comercio de Londres, alarmado por la competencia con que le amagaban los pabellones francés, español, holandés y genovés, que surcaban nuevamente los mares, privado de las usuras de los empréstitos, ligado por el partido de Pitt, Windham y Grenville, se mostró hostil, mucho más hostil aún que la misma aristocracia inglesa. Estaba en relaciones íntimas con la Holanda, y se quejaba sin cesar del dominio que en aquella región ejercía la Francia. Verificada la contrarrevolución en Suiza por la misma buena fe del primer cónsul, harto presuroso en evacuar aquel territorio, fué preciso volver á entrar en él. Esto dió ocasión á un nuevo pretexto para la Inglaterra. El desbordamiento llegó en breve á su colmo, y el partido de la guerra, compuesto del comercio superior con Mr. Pitt á su cabeza, ausente del parlamento, y los Grenvilles presentes á todas las discusiones, incitaba visiblemente al rompimiento. La prensa británica se entregó al más odioso desenfreno, dando margen á que la prensa de los emigrados franceses se aprovechase de aquel desorden para exceder en violencia á todos los periódicos ingleses.

Desgraciadamente un ministerio débil, que quería la paz, pero que temía al partido de la guerra, conternado por el rumor que suscitaban los acontecimientos de Suiza, cometió el yerro de dar contraorden sobre la evacuación de Malta. Desde aquel instante quedó la paz sacrificada irrevocablemente, porque una vez lisonjeada la ambición inglesa con la soberbia presa de aquella isla, no era ya posible quitársela. Desvanecida por la prontitud y la moderación de la intervención francesa en Suiza la queja á que dieron origen sus disturbios, el gabinete británico hubiera muy de grado hecho evacuar á Malta; pero ya no se atrevía á mandarlo. Intimóle el primer cónsul con el lenguaje de la justicia y del orgullo ofendido que cumplierse el tratado de Amiéns, y de una intimación en otra se vino á parar en el deplorable rompimiento que acabamos de referir.

De este modo los verdaderos autores de la guerra sólo fueron la aristocracia comercial inglesa, mucho más activa en aquellas circunstancias que la antigua aristocracia nobiliaria ligada con los ambiciosos del partido tory, auxiliada por los emigrados franceses, mal reprimida por un ministerio débil; ella, y sus asociados que excitaron y provocaron á un carácter impetuoso ímbuido en el doble convencimiento de su fuerza y de la justicia de su causa. Creemos ser verídicos y justos denunciándolos á la posteridad con esos caracteres, á la posteridad que pesará todas nuestras sinrazones en una balanza tanto más fiel y segura cuanto será más insensible y serena la mano que la sostenga.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAMPAMENTO DE BOLOÑA

Mensaje del primer cónsul á las grandes corporaciones del Estado y contestación de las mismas. — Palabras de Mr. de Fontanes. — Violencia de la marina inglesa contra el comercio francés. — Represalias. — Las municipalidades y departamentos por un movimiento espontáneo ponen á disposición del gobierno barcos chatos, fragatas y navíos de línea. — Entusiasmo general. — Reunión de la marina francesa en los mares de Europa. — Estado en que pone la guerra á las colonias. — Continuación de la expedición de Santo Domingo. — Invasión de la fiebre amarilla. — Destrucción del ejército francés. — Muerte del capitán general Leclerc. — Insurrección de los negros. — Ruina definitiva de la colonia de Santo Domingo. — Regreso de las escuadras. — Carácter de la guerra entre Francia é Inglaterra. — Fuerzas comparadas de las dos naciones. — Resuélvese osadamente el primer cónsul á hacer una irrupción. — Dispónela con actividad extraordinaria. — Construcciones en los puertos y en los ríos. — Formación de seis campamentos desde el Texel hasta Bayona. — Medios pecuniarios. — No quiere el primer cónsul recurrir á un empréstito. — Venta de la Luisiana. — Subsídios de los aliados. — Concurrencia de la Holanda, Italia y España. — Incapacidad de la España. — Dispénsala el primer cónsul del cumplimiento del tratado de San Ildefonso con la condición de que le preste un subsidio. — Ocupación de Otranto y del Hannover. — Modo de pensar de todas las potencias acerca de la nueva guerra. — El Austria, la Prusia y la Rusia. — Sus ansiedades y sus miras. — Pretende la Rusia cercenar los recursos de las potencias beligerantes. — Ofrece su mediación y acéptala el primer cónsul con calculada gratitud. — La Inglaterra responde con frialdad á los ofrecimientos de su grande expedición. — Acompáñale madama Bonaparte. — Reúñese el trabajo más activo con todas las magnificencias reales. — Amiéns, Abbeville, Boloña. — Medios que imagina el primer cónsul para transportar un ejército de Calais á Douvres. — Buques de tres especies. — Sus cualidades y defectos. — Escuadrilla de guerra y flotilla de transporte. — Inmenso establecimiento marítimo erigido en Boloña como por encantamiento. — Proyecto de reconcentrar en Boloña dos mil buques cuando se terminen las construcciones en los puertos y ríos. — Preferencia de Boloña á Dunkerque y á Calais. — El Estrecho, sus vientos y corrientes. — Apertura de los puertos de Boloña, Etaples, Wimereux y Ambletusa. — Obras destinadas á proteger el fondeadero. — Distribución de las tropas á lo largo de la mar. — Sus faenas y ejercicios militares. — Después de haberlo examinado y arreglado todo, deja el primer cónsul á Boloña para visitar á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes. — Proyecto sobre Amberes. — Detención en Bruselas. — Concurrencia de los ministros, embajadores y obispos en esta ciudad. — El cardenal Caprara en Bélgica. — Viaje á Bruselas de Mr. Lombard, secretario del rey de Prusia. — Procura el primer cónsul tranquilizar al rey Federico Guillermo con el lenguaje franco de sus comunicaciones. — Regreso á París. — Quiere el primer cónsul poner término á la mediación de la Rusia, y anuncia una guerra á muerte con Inglaterra. — Quiere finalmente obligar á España á explicarse y á cumplir el tratado de San Ildefonso, dejando á su elección los medios de hacerlo. — Conducta extraña del príncipe de la Paz. — El primer cónsul se insinúa con el rey de España denunciándole los manejos é incapacidad de este favorito. — Triste degradación de la corte de España. — Sométese ésta y promete un subsidio. — Continúan los preparativos de Boloña. — Dispónese el primer cónsul á realizar su empresa en el invierno de 1803. — Proporcionase un apeadero cerca de Boloña en el Pont-de-Briques, y preséntase en él con frecuencia. — Reunión de todas las divisiones de la escuadrilla en la Mancha. — Gloriosos combates de las chalupas cañoneras contra varios bergantines y fragatas. — Confianza que la expedición inspira. — Unión íntima entre marineros y soldados. — Esperanzas de una próxima realización. — Suscesos imprevistos que llaman momentáneamente la atención del primer cónsul hacia los negocios interiores.

La afición á la guerra que naturalmente debía suponerse en el primer cónsul, le hubiera hecho sospechoso ante la opinión pública de la Francia y hubiera sido causa de que se le censurara quizá de haber mostrado una premura excesiva en llegar á un rompimiento, si la Inglaterra no hubiera tomado sobre sí el cargo de justificarle completamente con la violación manifiesta del tratado de Amiéns. Pero era evidente para todos que no había sabido resistir aquélla la tentación de apropiarse la isla de Malta, proporcionándose de este modo una compensación poco legítima de nuestra grandeza. Aceptábase, pues, el rompimiento como una exigencia del honor y del interés, aun cuando se desechara toda ilusión acerca de sus consecuencias. Sabido era que la lucha con la Inglaterra se podía convertir en cualquier momento en guerra con la Europa; que su duración era tan incalculable como su extensión, por no ser cosa expeditiva el ir á terminarla en Londres como se podía ir á las puertas de Viena á terminar una contienda con

el Austria. Debía además dar un golpe mortal al comercio, porque en breve tendrían que quedar cerrados los mares. Sin embargo, había dos consideraciones que disminuían mucho el pesar de la Francia: con un caudillo como Napoleón, la guerra ya no era una señal para cometer nuevos desórdenes interiores; y además quedaba la lisonjera esperanza de presenciar quizá alguna maravilla de su genio que terminase de un solo golpe la inveterada rivalidad de ambas naciones.

El primer cónsul, que quería en estas circunstancias guardar toda clase de miramientos con la opinión pública, se condujo como hubiera podido hacerlo bajo el gobierno representativo más antiguo. Convocó al senado, al cuerpo legislativo y al tribuno, y les comunicó los documentos de la negociación más dignos de su conocimiento. Podía en efecto prescindir con confianza de todo disimulo, porque salvos algunos ímpetus de su carácter violento nada tenía en el fondo que echarse en cara. Contestaron aquellas tres corporaciones á la

excitación del primer cónsul por medio de diputaciones encargadas de tributar al gobierno su más completa aprobación. Mr. de Fontanes, hombre que sobresalía en esa elocuencia estudiada y solemne que tanto cuadra á la presidencia de las grandes asambleas, y nuevamente introducido en el cuerpo legislativo por influjo de la familia de Bonaparte, fué el que manifestó al primer cónsul los sentimientos que á este cuerpo animaban, y lo hizo en términos dignos de perpetuarse en la historia.

«La Francia, dijo, está nuevamente dispuesta á cubrirse con esas gloriosas armas que han vencido á la Europa... ¡Ay del gobierno ambicioso que intente llevarnos otra vez á los campos de batalla, y que envidioso del breve descanso que la humanidad goza, vuelva á sumirla en las calamidades que acaba de sufrirla. No podrá ya decir la Inglaterra que defiende los principios conservadores de la sociedad amenazada en sus fundamentos; nosotros somos los que podremos usar este lenguaje. Si vuelve á encenderse la guerra, nosotros somos los que vengaremos entonces los derechos de los pueblos y la causa de la humanidad, resistiendo el injusto ataque de una nación que negocia para quebrantar su fe, que pide la paz para renovar la guerra y que sólo firma tratados para romperlos... No hay que dudarle: si llega á darse la señal, la Francia toda se reunirá por un impulso unánime en torno del héroe que causa su admiración. Todos los partidos que á su alrededor enmudecen hoy, rivalizarán entre sí en celo y ardimiento; todos conocen que necesitan de su genio y que él sólo puede soportar el peso y la grandeza de nuestros nuevos destinos...»

»Ciudadano primer cónsul: el pueblo francés sólo puede tener pensamientos grandes y sentimientos heroicos como los vuestros. Ha vencido para vivir en paz, desea la paz como vos la deseáis; pero como vos también, nunca temerá la guerra. ¿Ignora la Inglaterra, que se juzga segura tras la barrera del Océano, que á veces aparecen en el mundo hombres extraordinarios cuyo genio realiza lo que antes de existir ellos parecía imposible? Y si por ventura hubiera aparecido ya uno de esos hombres, ¿sería prudente en ella provocarle, y obligarle á valerle de su fortuna para obtener lo que le corresponde de derecho? Un gran pueblo es capaz de todo con un grande hombre del cual no puede separar jamás su gloria, sus intereses y su felicidad.»

En esas frases pomposas y rebuscadas no se advertía ya ciertamente el entusiasmo del año 89; pero sí revelaban la confianza inmensa que todos tenían en el héroe en cuyas manos descansaban los destinos de la Francia, y del cual se esperaba la tan deseada humillación de la Inglaterra. Casi al momento de partir los dos embajadores y antes de toda manifestación regular, llegó la noticia de que los buques de la marina real inglesa perseguían al comercio francés. En la bahía de Auvergne dos fragatas habían apresado á varios buques mercantes que trataban de refugiarse en Brest.

A estos primeros actos se agregaron en breve otros muchos de los cuales dieron aviso todos los puertos. Aquella violencia era una verdadera infracción del derecho de gentes. Sobre este punto existía una estipulación formal en el último tratado firmado entre la América y la Francia (30 de septiembre de 1800, art. 8.º);

verdad es que el tratado de Amiéns nada semejante se había estipulado, pues en caso de rompimiento no asignaba término alguno para comenzar las hostilidades contra el comercio; pero el término era consecuencia de los principios morales del derecho de gentes, de mucho más alto origen que todas las estipulaciones escritas de las naciones. El primer cónsul, en quien esta nueva situación despertaba todo el ardor de su carácter, quiso usar de represalias al instante mismo, y redactó un decreto por el cual declaraba prisioneros de guerra á todos los ingleses que viajaban por Francia en el momento del rompimiento. «Puesto que se quiere, decía, que unos simples traficantes, inocentes de la política de su gobierno, paguen las consecuencias de esta política, yo también estoy autorizado á obrar del mismo modo y á tomarles el recambio, haciendo prisioneros á los súbditos británicos detenidos actualmente en el suelo francés.» Esta medida, aunque motivada por la conducta de la Gran Bretaña, ofrecía no obstante un carácter de rigor capaz de alarmar la opinión pública y de hacer temer un retroceso á las violencias de la última guerra. Cambaceres insistió abincadamente cerca del primer cónsul y obtuvo la modificación de las disposiciones proyectadas. Estas disposiciones, merced á sus esfuerzos, sólo se aplicaron á los súbditos británicos que servían en las milicias ó que viajaban con una comisión cualquiera de su gobierno; mas ni estos mismos fueron encarcelados, sino que quedaron meramente prisioneros bajo su palabra en diversas plazas de guerra.

Comunicóse en breve un impulso enérgico á toda la Francia. La idea de terminar por medio de una invasión la rivalidad marítima de los dos pueblos, dominaba en todos los ánimos desde el siglo último, esto es, desde que la marina inglesa pareció tomar ascendiente sobre la nuestra. Luis XVI y el Directorio habían hecho ya preparativos para dicha invasión; el Directorio especialmente había mantenido por espacio de muchos años cierto número de barcos chatos en las costas de la Mancha, y se recordará que en 1801, poco antes de firmarse los preliminares de la paz, el almirante Latouche-Treville había resistido los reiterados esfuerzos de Nelson para apoderarse al abordaje de la escuadrilla de Boloña. Era ya tradición en cierto modo popular que sólo por medio de barcos chatos podía transportarse un ejército de Calais á Douvres. Los departamentos y las principales ciudades, como por un movimiento eléctrico y cada cual según sus medios, pusieron á disposición del gobierno barcas, corbetas, fragatas y aun navíos de línea. El departamento del Loiret fué el que dió el ejemplo de este patriótico pensamiento, imponiéndose una contribución de trescientos mil francos para construir y armar una fragata de treinta cañones. A esta señal correspondieron, como siguiendo un impulso general, los concejos, los departamentos y las mismas corporaciones. Los alcaldes de París abrieron suscripciones que reunieron en breve multitud de firmas. Entre los modelos de barcos propuestos por la marina los había de dimensiones diferentes, y desde ocho mil hasta treinta mil francos de coste; de modo que cada localidad podía proporcionar su celo á sus recursos. Las pequeñas como Coutances, Bernay, Louviers, Valogne, Foix, Verdún y Moissac, daban solamente barcos chatos de la primera ó de la segunda di-

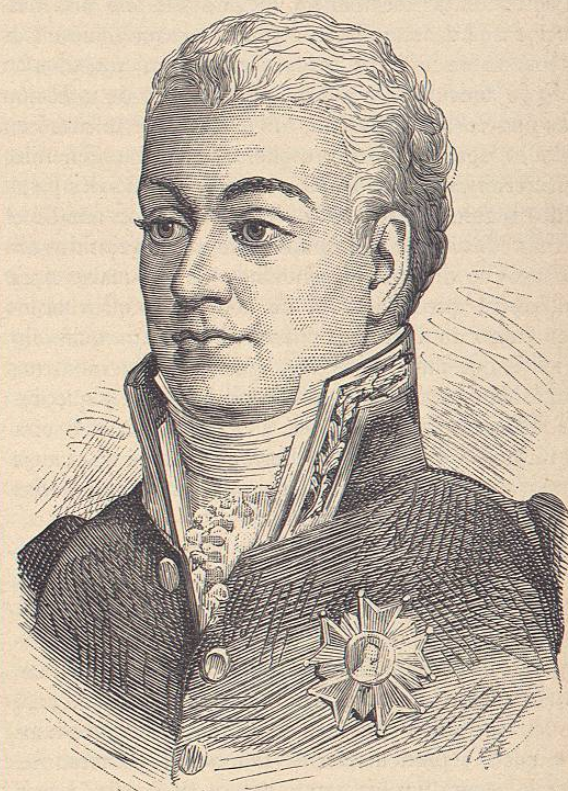
mensión. Las más populosas votaban fragatas y aun navíos de alto bordo. París votó un navío de ciento veinte cañones, Lyon otro de ciento, Burdeos otro de ochenta y Marsella otro de setenta y cuatro. Los donativos de las ciudades eran independientes de los que hacían los departamentos; así que, á pesar de que Burdeos ofreció un navío de ochenta cañones, el departamento del Gironde se suscribió por un millón y seiscientos mil francos, destinados á construcciones navales. Aunque dió Lyon un navío de cien cañones, el departamento del Ródano agregó un donativo patriótico que ascendió á la octava parte de sus contribuciones. El departamento del Norte agregó un millón de francos á la cantidad votada por la ciudad de Lila; todos los departamentos en general contribuyeron desde doscientos y trescientos mil francos hasta novecientos y un millón; algunos concurrían con productos del país propios para la marina. El departamento de la Costa de Oro ofreció al Estado en homenaje cien cañones de grueso calibre que debían fundirse en Creuzot; el departamento de Lot y Garona deliberaba sobre un aumento de cinco céntimos sobre sus contribuciones directas durante los años XI y XII, que debían invertirse en lonas compradas en el país.

La república italiana, siguiendo el mismo impulso, ofreció al primer cónsul cuatro millones de libras milanesas para construir dos fragatas que se llamarían, la una el *Presidente*, y la otra *República italiana*, además doce chalupas cañoneras con los nombres de los doce departamentos italianos. No quisieron las grandes corporaciones del Estado quedar en zaga, y el senado votó de su dotación un navío de ciento veinte cañones. Muchas casas de comercio, como la de Barillón, y muchos empleados de la hacienda, como los recaudadores generales, ofrecieron urcas y lanchas. No era de desdeñar este recurso, pues podía valuarse en cerca de cuarenta millones, y comparado con un presupuesto de quinientos millones tenía una verdadera importancia. Agregado al valor de la Luisiana, que ascendía á sesenta millones, á diversos subsidios concedidos por los aliados y al aumento del producto de los impuestos, bastaba para dispensar al gobierno de valerse del recurso costoso, y casi imposible en aquella época, del empréstito en rentas.

En breve daremos á conocer detalladamente la formación de aquella escuadrilla capaz de conducir ciento cincuenta mil hombres, cuatrocientas bocas de fuego y diez mil caballos, y que estuvo un momento á punto de verificar la conquista de Inglaterra. Baste por ahora decir que la condición á que sujetó la marina la construcción de los barcos chatos de todas las dimensiones era que no calasen más de seis ó siete pies de agua; estando desarmados sólo debían calar tres ó cuatro, y podían por consiguiente flotar en todos nuestros ríos, seguir su corriente hasta su desembocadura, y reunirse luego costeano en los puertos de la Mancha. No era esta poca ventaja, atendido que nuestros puertos, por falta de astilleros, de maderas y de obreros, no hubieran podido bastar á la construcción de mil quinientos ó dos mil buques que era preciso terminar en unos cuantos meses. Construyéndolos en el interior desaparecía la dificultad. Las orillas del Gironde, del Loira, del Sena, del Soma, del Oise, del Escalda, del Mosa y del Rhin se cubrían todas de astilleros improvisados.

Los jornaleros del país, dirigidos por los contra maestres de la marina, fueron muy suficientes para estas singulares creaciones, que en un principio asombraban á la población y eran á veces para ella asunto de burla, pero que no obstante llegaron á ser en breve para la Inglaterra causa de muy serios temores. Sólo en París, desde la Rapée hasta el cuartel de Inválidos, se estaban construyendo noventa chalupas cañoneras, en las cuales estaban empleados más de noventa mil trabajadores.

Lo primero á que había que atender con motivo de la nueva guerra con la Inglaterra, era á reunir nuestra



Mr. de Fontanes

marina dispersada en las Antillas y ocupada en volver á someter nuestras colonias á la autoridad de la metrópoli, y este fué desde luego el pensamiento del primer cónsul. Apresuróse á volver á llamar nuestras escuadras, mandando que dejasen en la Martinica, Guadalupe y Santo Domingo cuanta guarnición con municiones y material les fuese posible. Sólo debían permanecer en América las fragatas y los buques ligeros; pero era preciso no hacerse ilusiones; la guerra con la Inglaterra, si bien no podía arrebatar nos las pequeñas Antillas, como la Guadalupe y la Martinica, debía forzosamente ocasionarnos la pérdida de la más preciosa de todas: de aquella por cuya conservación se había sacrificado un ejército, que era el de Santo Domingo.

Ya vimos que el capitán general Leclerc, después de varias operaciones bien conducidas y de una pérdida de gente asaz considerable, se había apoderado de la colonia, pudiendo vanagloriarse de haberla reconquistado para la Francia, y que Toussaint, retirado en su casa de Ennery, miraba el mes de agosto como el último de la dominación de los europeos en la tierra de Haití. El vaticinio de este terrible negro que preveía el

triumfo del clima de América sobre los soldados europeos, era cierto; mas no le fué dado gozar de este triunfo, porque él también estaba destinado á sucumbir bajo el rigor de nuestro cielo; tristes represalias de la guerra de las razas, encarnizadas en disputarse las regiones del Ecuador.

Apenas empezaba á establecerse el ejército, cuando un azote, frecuente en aquellas regiones, pero más mortífero que nunca aquel año, cayó sobre los nobles soldados del ejército del Rhin y del Egipto transportados á las Antillas. Ya sucediese que el clima por un oculto designio de la Providencia fuese aquel año más destructor que de costumbre, ó ya que su acción fuese más intensa sobre unos soldados cansados, acumulados en número considerable y formando un foco de infección más poderoso, el resultado fué que la muerte causó en ellos estragos rápidos y espantosos. Veinte generales perecieron casi á un mismo tiempo; los oficiales y soldados sucumbieron á miles. A fines de 1802 añadió el primer cónsul diez mil hombres más á los veintidós mil enviados en diversas expediciones, de los cuales cinco mil habían quedado fuera de combate y otros tantos acometidos de diferentes enfermedades. Los recién llegados especialmente se contagiaron en el momento mismo de desembarcar; quince mil hombres por lo menos perecieron en dos meses, y el ejército quedó reducido á nueve ó diez mil soldados, aclimatados, sí, pero la mayor parte convalecientes y poco aptos para volver á tomar inmediatamente las armas.

Desde los primeros estragos de la fiebre amarilla sintió Toussaint-Louverture renacer todas las esperanzas, lleno de satisfacción al ver que se realizaban sus siniestras predicciones. Desde lo recóndito de su retiro de Ennery se puso secretamente en correspondencia con sus afiliados, les mandó estar dispuestos, les encargó que le informasen con toda exactitud de los progresos de la peste y particularmente del estado de salud del capitán general, sobre cuya cabeza imploraba en su cruel impaciencia cayese el tremendo azote. Pero sus disposiciones no eran tan ocultas que no llegara á traslucirlas éste, y sobre todo los generales negros, los cuales se apresuraban á ponerlas en conocimiento de la autoridad francesa. Miraban con envidia á Toussaint, aun cuando le obedecían, y no contribuyó poco este sentimiento á su pronta sumisión. Estos *negros dorados* como los llamaba el primer cónsul, estaban contentos con el reposo y la opulencia de que disfrutaban, no tenían el menor deseo de renovar la guerra, y temían ver á Toussaint otra vez dueño absoluto, haciéndoles expiar su deserción. Por esta razón buscaron al general Leclerc, y le amonestaron á que se apoderase del antiguo dictador. La acción sorda que éste ejercía se manifestaba con un síntoma alarmante, cual era el de que los negros que formaron en otro tiempo su guardia, diseminados ahora entre las tropas coloniales que habían pasado al servicio de la metrópoli, dejaban sus filas para volver, según decían, al cultivo, pero en realidad para internarse en los mornes que rodean á Ennery. Estrechado el capitán general entre dos peligros, uno el de la fiebre amarilla que aniquilaba su ejército y otro la sedición que por doquiera se anunciaba, teniendo además instrucciones del primer cónsul de desembarazarse de los caudillos negros á la primera señal de desobe-

dencia, resolvió prender á Toussaint, á lo que por otra parte le autorizaban más que suficientemente las cartas de éste que había interceptado. Mas para prender á este poderoso caudillo, rodeado ya de un ejército de insurgentes, había que recurrir al disimulo. Pidióse consejo sobre el modo de hacer volver á las plantaciones á los negros prófugos y sobre la elección de los puntos más á propósito para restablecer la salud del ejército, con lo que excitando su vanidad había fundadas esperanzas de atraerle á una entrevista. En efecto: «Ya lo veis, exclamó á los suyos, esos blancos echan ya de menos al viejo Toussaint.» Y se trasladó inmediatamente al punto de la cita, rodeado de una multitud de negros. Apenas llegó fué acometido, desarmado y conducido prisionero á bordo de un navío. Sorprendido, avergonzado, y resignado, sin embargo, sólo profirió este memorable dicho: «Al derribarme, no han derribado más que el tronco de la libertad de los negros; pero quedan sus raíces, las cuales retoñarán porque son numerosas y profundas (1).» Enviáronle á Europa, donde fué arrestado en el fuerte de Joux.

Desgraciadamente el espíritu de insurrección había cundido entre los negros; penetró en sus corazones con la desconfianza de los proyectos de los blancos y la esperanza de vencerlos. La nueva de lo acaecido en la Guadalupe, donde acababa de restablecerse la esclavitud, se extendió hasta Santo Domingo, donde produjo una sensación extraordinaria. Ciertas palabras pronunciadas en la tribuna del cuerpo legislativo de Francia sobre restablecimiento de la esclavitud en las Antillas, que, aunque aplicables tan sólo á la Martinica y á la Guadalupe, podía, sin embargo, la desconfianza hacer extensivas á Santo Domingo, contribuyeron no poco á imbuir en los negros la idea de que se trataba de volverlos á reducir á la esclavitud. Desde los meros cultivadores hasta los generales, todos se estremecían de indignación con la sola idea de volver á ser esclavos. Algunos oficiales negros, más humanos y más dignos de nueva fortuna, como Laplume, Clervaux y el mismo Cristophe, que no aspiraban como Toussaint á ser dictadores en la isla, se acomodaban perfectamente con la dominación de la metrópoli, siempre que ésta respetase la libertad de su raza, y lo manifestaron así con un entusiasmo que no dejaba la menor duda acerca de los sentimientos de que estaban animados. «Queremos, decían, permanecer franceses y sumisos, servir á la madre patria fielmente, porque no deseamos volver á empezar una vida de pillaje; pero si la metrópoli intenta reducir á esclavitud á nuestros hermanos ó á nuestros hijos, debe decidirse primero á no dejar con vida á uno solo de nosotros.» El general Leclerc, cuya lealtad los persuadía, lograba tranquilizarlos por algunos días cuando

(1) Este prendimiento traicionero que tanto mancilla el nombre por otra parte glorioso del general Leclerc, y que el historiador se abstiene de calificar por no verse precisado á aplicarle el mismo adjetivo que nosotros le damos, fué ejecutado por el general Brunet. Los dos generales, el blanco y el negro, acudieron á la cita escoltados por igual hueste; pero la de Toussaint descuidada y descansando en el honor de los franceses y la de Brunet prevenida y dispuesta al deshonoroso golpe meditado. Cuando ya los dos jefes platicaban encerrados, los soldados franceses cayeron de súbito sobre los negros que acababan de dejar sus armas, y entonces se presentó á Toussaint el jefe de escuadrón Ferrari intimándole la entrega de su espada. (N. del T.)

errores debidos á la confusión que la peste, el peligro que en todas partes se manifestaba á la vez, y la dificultad de comunicarse una parte de la isla con la otra, empezaban á introducir en la colonia. El general Boudet fué separado de Puerto Príncipe, y destinado á las islas de Barlovento para reemplazar á Richepanse, que había muerto de la fiebre amarilla. Entró á substituirle el general Rochambeau, militar valiente, tan intrépido como entendido, pero que en las colonias donde había servido se había contaminado con todas las preocupaciones de los criollos que las habitaban. Aborrecía á los mulatos como los mismos antiguos colonos; eran á sus ojos disolutos, violentos y crueles, y decía que prefería á los mismos negros porque éstos en su concepto eran más sencillos, más sobrios y más duros para la guerra. El general Rochambeau, que mandaba en Puerto Príncipe y en el Sur, donde abundaban los mulatos, al anunciarse la insurrección les mostró la misma desconfianza que á los negros y prendió á muchos de ellos. Lo que más exasperó á éstos fué que separó al general Rigaud, antiguo caudillo de los mulatos, largo tiempo rival y enemigo de Toussaint, vencido y expulsado por él, el cual, aprovechando como era natural la victoria de los blancos para volver á Santo Domingo, debió esperar allí mejor recibimiento. Pero los blancos cometieron al fin de la revolución de Santo Domingo el mismo yerro que habían cometido al principio, de no unirse con los hombres de color. Rechazó el general Rochambeau á Rigaud, y le mandó que volviera á embarcarse para los Estados Unidos. Ofendidos y apesarados los mulatos, tendieron desde entonces á unirse con los negros, lo cual era muy sensible, especialmente en el Sur, donde dominaban.

En tan espantosa perplejidad, el capitán general, que ya no contaba más que con una pequeña parte de su ejército cuyas reliquias veía desaparecer diariamente, amagado al mismo tiempo por una próxima y seria insurrección, creyó que debía mandar el desarme de los negros. Esta medida parecía racional y necesaria; los caudillos negros que de buena fe procedían, como Laplume y Clervaux, la aprobaban; los animados de intenciones péfidas, como Dessalines, la provocaban con ardor. Se trató de realizarla inmediatamente, y para triunfar fué menester una verdadera violencia. Internáronse muchos negros en los mornes, otros prefirieron dejarse dar tormento á entregar sus fusiles, en los cuales cifraban su misma libertad; los oficiales negros particularmente se mostraban inexorables en aquel género de persecución. Hacían fusilar á los de su color; y al obrar así unos llevaban por objeto precaver la guerra, otros por el contrario encenderla más y más. No obstante, por este medio se recogieron cerca de treinta mil fusiles, la mayor parte de fabricación inglesa y comprados por la previsión de Toussaint.

Estos rigores fomentaron insurrecciones en el Norte, en el Oeste y en las cercanías de Puerto Príncipe. El sobrino de Toussaint, Carlos Belair, negro que gozaba de cierta superioridad sobre los de su raza por sus costumbres, su talento y su cultura, y á quien por este motivo quería su tío nombrar sucesor suyo, irritado con las atrocidades cometidas en el departamento del Oeste, corrió á los mornes y enarboló la bandera de la sedición. Dessalines, que residía en San Marcos, pidió con instancia se le comisionara para perseguirle, y encontrando en esto doble ocasión para hacer alarde del falso celo que afectaba y para vengarse de un rival que le había causado grandes pesares, movió contra Carlos Belair encarnizada guerra. Consiguió prenderle con su mujer y los envió á ambos ante una comisión militar que mandó fusilar á aquellos dos desgraciados. Disculpábase Dessalines con los negros de tan bárbara conducta, alegando las órdenes inexorables de los blancos, sin que hubiese dejado de aprovechar con placer sumo aquella ocasión de acabar con un rival aborrecido: tristes crueldades que prueban que las pasiones del corazón humano son en todas partes las mismas, y que los climas, los tiempos y las facciones del rostro no hacen á los hombres diferentes de una manera perceptible. Todo, pues, conspiraba á la sedición de los negros, así la sombría desconfianza que de ellos se había apoderado, como las rigurosas precauciones que obligaban á tomar y las feroces pasiones que era forzoso sufrir y aun á veces utilizar.

À estas contrariedades de la situación se agregaron

errores debidos á la confusión que la peste, el peligro que en todas partes se manifestaba á la vez, y la dificultad de comunicarse una parte de la isla con la otra, empezaban á introducir en la colonia. El general Boudet fué separado de Puerto Príncipe, y destinado á las islas de Barlovento para reemplazar á Richepanse, que había muerto de la fiebre amarilla. Entró á substituirle el general Rochambeau, militar valiente, tan intrépido como entendido, pero que en las colonias donde había servido se había contaminado con todas las preocupaciones de los criollos que las habitaban. Aborrecía á los mulatos como los mismos antiguos colonos; eran á sus ojos disolutos, violentos y crueles, y decía que prefería á los mismos negros porque éstos en su concepto eran más sencillos, más sobrios y más duros para la guerra. El general Rochambeau, que mandaba en Puerto Príncipe y en el Sur, donde abundaban los mulatos, al anunciarse la insurrección les mostró la misma desconfianza que á los negros y prendió á muchos de ellos. Lo que más exasperó á éstos fué que separó al general Rigaud, antiguo caudillo de los mulatos, largo tiempo rival y enemigo de Toussaint, vencido y expulsado por él, el cual, aprovechando como era natural la victoria de los blancos para volver á Santo Domingo, debió esperar allí mejor recibimiento. Pero los blancos cometieron al fin de la revolución de Santo Domingo el mismo yerro que habían cometido al principio, de no unirse con los hombres de color. Rechazó el general Rochambeau á Rigaud, y le mandó que volviera á embarcarse para los Estados Unidos. Ofendidos y apesarados los mulatos, tendieron desde entonces á unirse con los negros, lo cual era muy sensible, especialmente en el Sur, donde dominaban.

Estas causas reunidas hicieron general la insurrección que sólo fué parcial en un principio. Clervaux, Maurepás y Cristophe en el Norte huyeron á los mornes, no sin expresar su pesadumbre, pero arrastrados por un sentimiento más poderoso que su voluntad, cual era el amor á la libertad amenazada. En el Oeste, el bárbaro Dessalines, arrojando por fin la máscara, se unió con los insurreccionados. En el Sur, los mulatos unidos á los negros empezaron á talar aquella hermosa provincia, que se había conservado hasta entonces intacta y floreciente como en sus mejores tiempos. Sólo permanecía leal el negro Laplume, que había quedado definitivamente fiel á la metrópoli, prefiriendo su gobierno al gobierno bárbaro de los hombres de su raza.

Reducido el ejército francés á ocho ó diez mil hombres que apenas se hallaban en estado de servir, sólo poseía en el Norte el Cabo y algunas posiciones circunvecinas, en el Oeste á Puerto Príncipe y San Marcos, y en el Sur los Cayos, Jeremías y Tiburón. El desgraciado Leclerc se hallaba en la más cruel agonía; tenía consigo á su mujer, que acababa de enviar á la isla de la Tortuga para librarla de la peste; había visto morir al juicioso y entendido Mr. Benezec y á varios generales de los más ilustres de los ejércitos del Rhin y de Italia; acababan de notificarle la muerte de Richepanse; presenciaba diariamente la de sus más valientes soldados sin poderlos socorrer, y veía acercarse el momento en que no le sería posible defender contra los negros la pequeña porción de litoral que aún le quedaba. Devorado por estas desconsoladoras reflexiones, estaba más expuesto que otro alguno á contraer el mal que aniqui-